

# La crisis de la izquierda europea

Alain Touraine

***E**n la actualidad la crisis de la izquierda —comunista, socialista o socialdemócrata— marca la vida política europea. El deterioro de la capacidad de intervención del Estado, la conquista de la mayor parte de sus propuestas programáticas en materia social y la desorientación que experimentan los actores sociales tradicionales, dejan a la izquierda abocada a una redefinición de su proyecto.*

\* \* \*

LA VIDA POLÍTICA EN EUROPA no está dominada por el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda, y menos todavía entre el liberalismo y el socialismo, sino por el agotamiento de la izquierda socialista. Al principio se creyó que la izquierda europea padecía las consecuencias de la caída del sistema comunista, que también se llamaba socialista, pero esta caída hubiera podido beneficiar a la socialdemocracia, de la que no se recelaba por apoyar regímenes autoritarios. Sin embargo, los gobiernos socialdemócratas, o socialistas en sentido occidental, caen uno tras otro. Frente a ellos, la derecha no genera ideas nuevas; no es nacionalista, y el liberalismo agresivo de la década Reagan-Thatcher parece olvidado. Para triunfar, la derecha no tiene más que dejarse llevar por la tónica de los tiempos, es decir, por la victoria del libre intercambio a nivel europeo y, de manera menos precisa, a nivel mundial. La socialdemocracia se construyó en un marco nacional, ya que se apoyaba en la intervención del Estado en la vida económica; ahora bien, hoy en día, la apertura de las fronteras y la famosa globalización favorecen la libertad de movimiento de los capitales y debilitan, por consiguiente, la capacidad de intervención del Estado. Estamos sumidos en una cultura de consumo cuyos modelos vienen en masa de Estados Unidos y en la que los Estados nacionales ya no aparecen como portadores de un proyecto de transformación social. Los agentes de las antiguas luchas sociales y políticas, sindicales sobre todo, bien están en proceso de descomposición, como en Francia, bien experimentan un significativo retroceso, como en Italia y en el Reino Unido. El vacío social de la izquierda ha llegado a favorecer a veces su corrupción, pero casi siempre ha suscitado la hostilidad de una opinión popular que se siente privada de su instrumento de defensa política y acusa enseguida a los dirigentes de no perseguir más objetivo que su enriquecimiento personal y colectivo. Por un lado, la lógica de la globalización y de la construcción de una Europa liberal; por el otro, el doble agotamiento del modelo socialista, a la vez porque el Estado ya no aparece como principal agente de una modernización que debe ser voluntarista y porque los partidos de izquierda

II TRIMESTRE 1993

ya no parecen portadores de unas reivindicaciones sociales que, de hecho, cuesta identificar.

¿En qué condiciones puede la llamada izquierda encontrar un electorado que le permita llegar al poder y mantenerse en él? Yo encuentro dos fundamentales.

La primera se refiere a las relaciones que hay que definir entre el nivel nacional y el nivel europeo de nuestra vida pública. El primero parece ser hoy el más débil y el peor definido. La izquierda debe reclamar claramente un reparto de las responsabilidades: al nivel europeo pertenece lo que compete al Estado, es decir, la moneda, la paz y la guerra y, por consiguiente, también la dirección general de la economía; a nivel nacional debe elaborarse el conjunto de la política social, desde la educación hasta la justicia, pasando por la sanidad y la seguridad social, hasta la política de integración de los inmigrantes. Mientras los Estados europeos no delimiten claramente las responsabilidades de Bruselas, no habrá retos sociales precisos a nivel nacional y, por consiguiente, la izquierda, para la que estos retos tienen una importancia crucial, dará palos de ciego. La izquierda no puede conformarse con ser proeuropea; debe exigir también la construcción de una Europa diferente a la que se diseña en estos momentos.

### *Objetivos sociales*

LA SEGUNDA SE REFIERE A LA PROPIA naturaleza de los objetivos sociales que puede establecerse la izquierda. La política socialdemócrata se ha apuntado un enorme éxito: la mayoría de los asalariados de Europa Occidental se ha incorporado a la clase media gracias a un inmenso sistema de redistribución social que les ha proporcionado, a la vez, unos mayores ingresos y un elevado nivel de protección social. Esta tarea está cumplida, aunque haya que defenderla de las tentativas reaccionarias. Pero sus resultados se revelan doblemente insuficientes. Por una parte, la protección, que cubre a la gran mayoría de los asalariados, no cubre ni a los parados de larga duración ni las categorías desfavorecidas social, económica o biológicamente. El número de nuevos pobres se ha incrementado considerablemente y hemos pasado de un espíritu de protección social cargado de solidaridad positiva a un espíritu *de seguridad*, cargado de exclusiones y de represión. Por otro lado, la inmensa clase media ya no se conforma con recibir protección económica; quiere satisfacciones más positivas o prestaciones más individualizadas. Por todas partes se pide un tratamiento más "humano" de los enfermos hospitalizados, además de un apoyo social más individualizado a los jóvenes con dificultades familiares y económicas. Ya no queremos que nos protejan sólo de la enfermedad o de la vejez; queremos que nos traten como a individuos responsables, autónomos, y no como a beneficiarios de una asistencia. Lo cual parece ser también la única manera de reinsertar socialmente a quienes padecen las incapacidades más graves. No hay ninguna paradoja en decir que la izquierda debe defender valores individualistas. La socialdemocracia y la izquierda en general han practicado una lógica ante todo económica y, ciertamente, había que empezar por ahí. Pero hay que ir más

lejos y añadir a esta acción económica una acción más social y cultural y prestar más atención a los problemas individuales. No hay solidaridad sin acción colectiva y sin intervención del Estado, pero tampoco hay política social eficaz que no esté cada vez más individualizada y, sobre todo, que no tienda a reforzar la capacidad de acción autónoma de cada individuo, y especialmente de los más débiles.

Aunque no haya contradicción entre estas dos políticas sociales, sí hay cambios de cultura política cuando se pasa de una a otra. Cambios difíciles y cuya introducción resulta tanto más difícil cuanto que la crisis de participación política es más profunda —en Italia sobre todo, aunque también es acusada en España y en Francia, así como en Alemania y en el Reino Unido—, lo cual deja sitio a un triunfo absoluto del liberalismo económico, cuyos frutos recoge la derecha sin haber dado muestras de tener iniciativas ni de renovarse. La izquierda es víctima de su propio envejecimiento, mientras que la derecha se conforma con adaptarse pasivamente a la internacionalización liberal de la economía.

Pero esta ventaja de la que disfruta desde hace varios años la derecha no tiene por qué ser duradera. Se ha visto con qué fuerza un candidato de *izquierdas*, desconocido al principio, ha conquistado la presidencia de Estados Unidos; se ha visto también la importancia de la resistencia de la izquierda a una integración europea dominada por el internacionalismo liberal, tanto en Dinamarca como en Francia. Por consiguiente, es mediante la combinación de una política de protección social renovada, en un sentido más individualista y un sentimiento nacional vinculado al mantenimiento de decisiones sociales tomadas lo más cerca posible de los interesados, como la izquierda puede recuperar la ventaja sobre una derecha que se deja llevar sobre todo por la lógica de la economía internacional. Pero también hace falta que las fuerzas políticas de izquierdas sean capaces de mantener este discurso doblemente nuevo al que se acaba de aludir y que demuestren a los electores que tienen objetivos para todos los ciudadanos, y que los partidos son servidores de la sociedad y no oligarquías que monopolizan los recursos políticos para reforzar su propio poder.

En Francia, el PS no ha sabido transformarse y su recuperación será difícil, al menos hasta que empiece la campaña presidencial. En Italia, la izquierda está en ruinas y el partido socialista es el más profundamente desprestigiado, pero la democracia cristiana está también tan afectada por los escándalos que va a cambiar de nombre. En España, el balance del PSOE es mucho más positivo, porque la integración de España en la Europa moderna era una prioridad absoluta, y este objetivo se ha alcanzado en una década. Pero las tendencias generales que acaban de describirse son tan válidas en España como en los demás países de Europa.